

ALFAGUARA INFANTIL

Los sueños mágicos de Bartolo

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Verónica Laymuns



ALFAGUARA INFANTIL

ALFAGUARA



Título original: LOS SUEÑOS MÁGICOS DE BARTOLO

© Del texto: 2006, Mauricio Paredes

© De las ilustraciones: 2006, Romina Carvajal

© De esta edición:

Aguilar Chilena de Ediciones S.A.

Dr. Aníbal Arizta 1444, Providencia

Santiago de Chile

- **Grupo Santillana de Ediciones S.A.**
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle, México D.F. C.P. 03100.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones**
Avda. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP, Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana S.A.**
Avda. Primavera 2160, Santiago de Surco, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Santillana S.A.**
Avda. Venezuela N° 276 e/ Mcal. López y España, Asunción, Paraguay.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez
y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.

ISBN: 956-239-435-2

N° de inscripción: 153.931

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición: mayo de 2006

Segunda edición: enero de 2007

Diseño de la colección:

Manuel Estrada

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroquímico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito de la Editorial.

Los sueños mágicos de Bartolo

Mauricio Paredes

Ilustraciones de Romina Carvajal

ALFAGUARA



*Para Pablo,
mi hermano grande.*

Bartolo de nuevo

Había otra vez un niño que seguía llamándose Bartolo.

Bartolo tuvo una meteórica aventura cuando su cama salió volando y lo llevó hasta una ciudad secreta en medio de la cordillera de Los Andes. Allí conoció a Pascual, un sabio conejo; a Valentín, un puma muy forzudo; a Oliverio, un zorro un poco loco y despistado, y a Sofía, una niña con la sonrisa más linda del mundo. Juntos salvaron al planeta de quedarse ¡sin sol!

Después de tantas emociones, Bartolo volvió a su casa y fue al colegio como siempre. Se sentó en su banco al final de la sala y agachó la cabeza para buscar entre el montón de papeles hasta encontrar el frasco donde había dejado guardada una lagartija, que ahora estaba fosilizada

y sumamente muerta. En ese momento escuchó la voz de su profesora.

—Alumnos, quiero presentarles a una nueva compañera.

Bartolo levantó el cuello lentamente para ver quién era. No podía creer lo que veía.

—Espero que todos la reciban bien —continuó la profesora—. Su nombre es...

—¡Sofía! —gritó Bartolo.

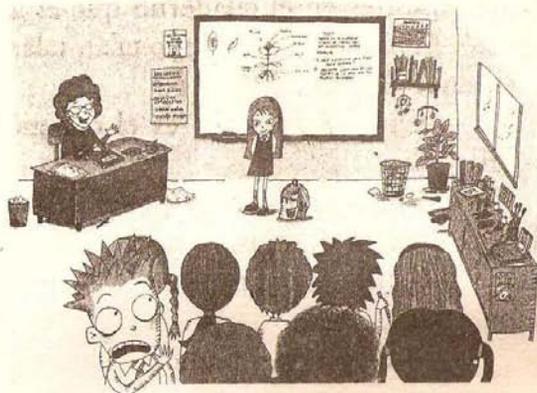
¡Sí, era ella! ¡Era Sofía! Pero, ¿cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo?

Sofía se sentó en el banco junto a Bartolo y lo miró sonriendo. Él quería decirle mil cosas y hacerle como ocho mil preguntas, pero las palabras no le salían. Sólo atinaba a abrir y cerrar la boca.

—Hola —susurró ella.

Ahora sí que Bartolo pudo hablar.

—¡Hola! ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo llegaste? ¿Dónde conseguiste el uniforme? ¿Qué linda te ves! ¿Cómo están Pascual, Valentín y Oliverio? ¿Te presto mi cuaderno? ¿Vienes a buscar a tus papás? ¿Quieres chicle?



La profesora dejó de escribir en el pizarrón y se dio vuelta.

—Alumno Bartolo, es verdad que dije que todos la recibieran bien, pero al menos podría esperar hasta el recreo, ¿cierto?

Todo el curso se rió. Después de un minuto de silencio, Sofía le habló muy despacio.

—Calma, en el recreo te explico todo. Ahora concentrémonos en la clase.

A Bartolo le costó mucho poner atención. Estaba nervioso y contaba cada segundo para que tocara la campana. En cambio, Sofía se veía muy interesada y to-

maba apuntes en el cuaderno que él le prestó. Al fin sonó el esperado talán-talán y salieron al patio.

—Qué entretenido es el colegio —dijo ella.

—¿Entretenido? —respondió él—. Bueno, a veces sí, otras no tanto.

—¿Cuál es tu ramo favorito? —preguntó Sofía.

—Recreo —respondió Bartolo.

Ella sonrió, él quiso hablar de los temas importantes.

—Bueno, pero cuéntame todo, por favor. Ya no resisto más.

—Sí, por supuesto. ¿Has visto televisión hoy?

—No —respondió Bartolo, extrañado.

—¿Y has escuchado radio?

—Tampoco —dijo, aún más sorprendido.

—¿Y has hablado por teléfono?

—Menos —contestó, totalmente boquiabierto, patitieso y turulato—. ¿Por qué me haces estas preguntas tan raras?

—Es que hay un problema tremendo, un enredo gigante. Para que lo entiendas bien tenemos que ir a tu casa ahora mismo.

—Está bien, ¿pero y el colegio?

—Es cierto. Bueno, supongo que comprenderán que es por una buena causa.

Salieron escondidos y caminaron hasta la esquina, donde había una moto estacionada.

—¡La moto-silueta de Oliverio! —exclamó Bartolo.



—Sí, gracias a ella viajé desde la cordillera hasta acá. Oliverio fue muy generoso en prestármela. El único problema es que...

—¿Es cuál?

—Es que Oliverio tenía solamente un casco y se le ocurrió hacer otro comiéndose la mitad de una sandía y recortando la cáscara. Si quieres yo uso ése.

—No te preocupes, yo me lo pongo. Qué divertido, un casco de cáscara. Sólo a Oliverio se le podía ocurrir.

Se subieron los dos a la moto y partieron a toda velocidad.

Un enredo fenomenal

A diferencia del zorro Oliverio, Sofía sí era una excelente conductora. Respetaba los semáforos, los discos Pare, los Ceda el paso; en fin, todas las señales del tránsito. Bartolo se sentía un poco ridículo con su casco de sandía, pero no le importaba demasiado, porque estaba sumamente feliz de ver a su amiga de nuevo.

—Te echaba de menos —le dijo.

—¿En serio? ¡Yo también!

—Sí, incluso... —Bartolo sintió como su cara enrojecía de vergüenza—. Incluso anoche soñé contigo.

Sofía paró en seco la moto.

—¿Soñaste conmigo? Qué increíble. Bueno, en realidad es lógico —dijo pensativa.

A Bartolo le sorprendió aquel comentario, porque jamás se habría imaginado que Sofía fuese una niña creída. Al verlo tan extrañado, ella le explicó:

—Perdón, no me malentiendas. No tiene nada de malo que hayas soñado conmigo, o sea sí... ¡Ay, o sea no! Es que puede ser parte del problema. Yo también soñé que estábamos juntos, pero no sé cómo explicarlo. ¿Por dónde tengo que doblar?

Por suerte llegaron pronto a la casa de Bartolo, ahí pudo entender el problema claramente. Mejor dicho entender enredadamente, porque el problema era un verdadero revoltijo.

Prendieron el televisor y fue un impacto lo que vieron. ¡Era la ciudad secreta!

—¡Esa es la casa de Pascual! —exclamó el niño.

Efectivamente, en la pantalla aparecía el conejo buscando libros en su biblioteca. Se veía muy concentrado y nervioso.

—Eso no es todo —agregó Sofía.

Encendió la radio y, en vez de música, se oyeron unos ronquidos fenomenales.

—¡Oh! ¿Y ése quién es?

—Oliverio, que tiene el sueño muy pesado —respondió la niña.

—¡Qué cosa tan rara! ¿Qué habrá pasado?

—Eso es lo que Pascual está investigando. Por eso vine a buscarte. Tú nos puedes ayudar a resolver este enigma. ¿Verdad? Porque para colmo, anoche todos nosotros soñamos con comerciales de televisión, locutores de radio que no paraban de hablar y un montón de otras cosas absurdas; bueno, soñar contigo no fue absurdo... Tú me entiendes, ¿cierto?

—Sí, claro que comprendo. ¡Qué espanto! Es una especie de cortocircuito.

—Exacto. Necesitamos que nos ayudes. ¿Puedes? —le pidió mirándolo con ojos angustiados, pero que de todas formas eran los más lindos que Bartolo había visto.

—¡Por supuesto! Bueno, yo no tengo idea de cosas tan tecnológicas, pero estoy feliz de servir en todo lo que pueda.



Sin perder tiempo, se sentaron sobre la cama mágica. Sofía se puso el casco de Oliverio. Bartolo miró fijamente el techo de su pieza. En pocos segundos se abrió un agujero y la cama flotó suavemente.

—¡Impresionante! Ya eres todo un experto.

—Sí, creo que ya aprendí la técnica.

Entonces se afirmaron y cuando estuvieron listos, el mueble volador salió disparado como un rayo hacia el cielo. Cruzaron unas cuantas nubes y pronto llegaron a la cordillera de Los Andes, al lugar exacto donde se encontraba la ciudad secreta. Se estacionaron en el jardín de Pascual y corrieron a tocar el timbre de la preciosa casa con forma de reloj de arena.

La aventura recién comenzaba.

El misterioso libro volador

—¡Bartolo, Sofía! ¡Qué bueno que llegaron! —los saludó Valentín el puma—. Pascual está en su biblioteca investigando cómo solucionar este desbarajuste.

Entraron y vieron al conejo concentrado en varios libros a la vez.

—Hola, Pascual —dijo Sofía—. Hemos llegado, ojalá que a tiempo.

—¡Hola! Pasen, he estudiado toda la mañana la razón por la cual nuestros sueños están haciendo interferencia con la televisión, la radio, Internet... bueno, con todo.

—¿Y Oliverio? —preguntó Bartolo.

Sin decir una palabra, Valentín indicó con su mano, bueno, con su garra, un amplio sofá donde estaba echado el zorro. Sus ronquidos eran exactamente



igual de fuertes que cuando los oyeron por la radio. El niño tuvo que zamarrearlo para que despertara.

—¡Niño Bartolo! —dijo de un salto—. ¡Qué maravill-oso-panda verte! Y qué extra-bueno que me despertaste porque estaba soñando con una película tan rarífica en japonés y no entendía ni jota, ni hache ni zeta lo que decían. Tenía de esas letritas abajo, pero a mí me cuesta alcanzar a leerlas todas.

—Subtítulos —le explicó Pascual.

—¡Zás-tamente! Sustito lo que me daba, porque era de martes marcianos.

—Artes marciales... Bueno, después te enseño. Lo importante ahora es que les cuente lo que he averiguado.

Se sentaron alrededor del inteligente conejo y lo escucharon con atención.

—Algo debe haber ocurrido durante la noche, que provocó este enredo entre los sueños y la televisión, radio, etc. Después de mucho leer, llegué a la conclusión de que podría tratarse de los rayos.

—¿Los rayos? —preguntó intrigado Bartolo.

—Sí, los rayos. Todos los canales de televisión y estaciones de radio tienen una antena por donde sale un rayo con la transmisión. Lo que se me ocurre que puede pasar, es que los rayos estén cruzados o torcidos y en vez de llegar al lugar correcto, aparecen en nuestras mentes mientras dormimos.

—Pascual, estoy confundida —dijo Sofía—. ¿Acaso los sueños son rayos

que llegan a nuestra cabeza? ¿Y más encima ahora hay rayos que salen desde nuestro cerebro y viajan hasta los televisores, radios y computadores?

—Es verdad que se trata de algo rarísimo, pero ¿no les ha pasado alguna vez que sueñan lo mismo que otra persona, por ejemplo alguien a quien quieren?

Bartolo miró a Sofía y sintió una mezcla de vergüenza y felicidad. Ella lo miró de vuelta y tenía la misma cara, estaba sonriendo y tenía las mejillas rojas.

—Puede ser —respondió ella.

—¿Y qué pasa entonces con Internet? —intervino Valentín.

—No lo tengo muy claro —dijo Pascual, pensativo—, pero siempre en estas cosas tecnológicas hay un rayo por alguna parte.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Oliverio—. Televisores atolondrados, radios radiactivas, computadores confundidos. ¡Qué haremos!

Hubo un momento de silencio. Luego, el conejo se levantó de su silla

y caminó hasta la estantería. Sacó un libro gordo y luego lo puso sobre la mesa. En la tapa decía *Libro de las preguntas milodónicas*.

—¿Qué es eso? —preguntó Valentín.

—¡Yo sé, yo sé! ¡Esa sí que me la sé!
—dijo el zorro saltando con entusiasmo—. ¡Es un libro!

—Sí, Oliverio, sabemos que es un libro —le dijo Sofía—. Lo que Valentín pregunta es de qué se trata.

—Ah... —contestó—. Esa no me la sé.

—Miren —indicó Pascual—, acerquense. Abrió el gran tomo por la mitad. Estaba escrito a mano con muy buena letra. Tenía anotadas un montón de preguntas, por ejemplo «¿Qué palabra tiene todas las vocales?» o «¿Cuál es el pez que todos aplauden?».

—Qué interesante —afirmó Valentín—. ¿Dónde están las respuestas?

—No están —dijo Pascual—. Eso es lo más insólito. Bueno, también es sorprendente cómo llegó a mis manos.

—¿Cómo? —preguntó Bartolo cada vez más extrañado.

—Volando —sentenció—. Tal como lo oyen, volando. Esta mañana lo trajo el viento, entró por mi ventana y vino a dar justo encima de esta mesa.

—Querido Pascual, ¿cómo nos podrá ayudar este libro para resolver el misterio? —preguntó Sofía.

El conejo dio vuelta varias hojas hasta encontrar la que buscaba. Les mostró la página para que leyeran. Decía:

«¿Dónde rebotan los rayos de televisión, radio, Internet y de sueños para que todo funcione bien y no se arme un enredo calamitoso?».

—¡Oh! —gritaron al mismo tiempo.

—Tenemos que encontrar el libro con las respuestas —expresó Valentín.

Salieron de la casa y se pusieron a buscar por todos lados. Le preguntaron al pueblo entero, pero nada. Regresaron al jardín de la casa y se sentaron sobre la cama mágica para descansar.

—Yo tengo una su-posición, o sea

mi-posición, porque a mí se me escurrió la idea que si no encontramos la *sobra*, quizás podamos *fallar al escritor* —dijo el zorro.

Todos quedaron extrañados y no comprendieron lo que les quería decir. Todos menos Sofía, que hizo de traductora.

—Lo que Oliverio quiere decir es que si no encontramos la obra, quizás podamos hallar al escritor.

—¡Ah, ahora sí! —dijeron a coro.

—Pero si lo dije claro...

—¡Excelente idea, Oliverio! —dijo Pascual—. Claro, tenemos que buscar al autor del *Libro de las preguntas milodónicas*.

Corrieron a la biblioteca del conejo y se pusieron a buscar información que los pudiera ayudar. Valentín, que revisaba la enciclopedia, de pronto exclamó:

—¡Aquí! Escuchen. «Milodón: animal prehistórico que vivió en la región de Magallanes».

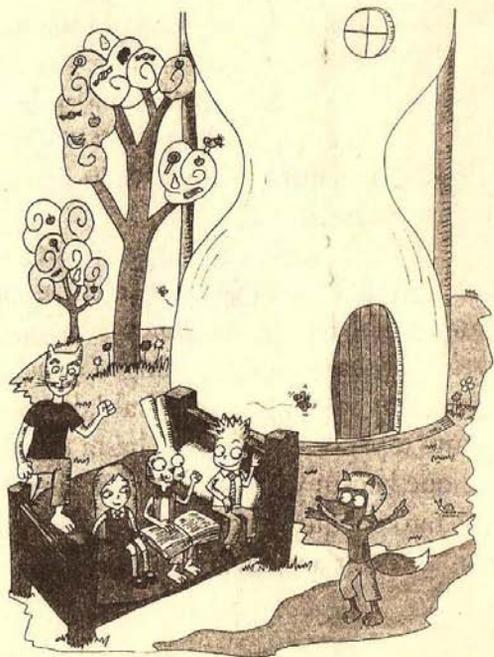
—Magallanes —comentó Pascual—. Eso queda muy, muy al sur.

Entonces miraron a Bartolo. Él sonrió y dijo con entusiasmo:

—Bueno, entonces... ¡todos a bordo!

—¿Todos *al gordo*? —le susurró Oliverio a Sofía—. ¿Quién es el gordo? Porque yo estoy a régimen.

Sofía se rió y lo abrazó. Le pasó su casco de moto-silueta, porque él nunca viajaba sin usarlo. Bartolo puso su ya característica cara de concentración y... ¡zum! se elevaron hasta las nubes.



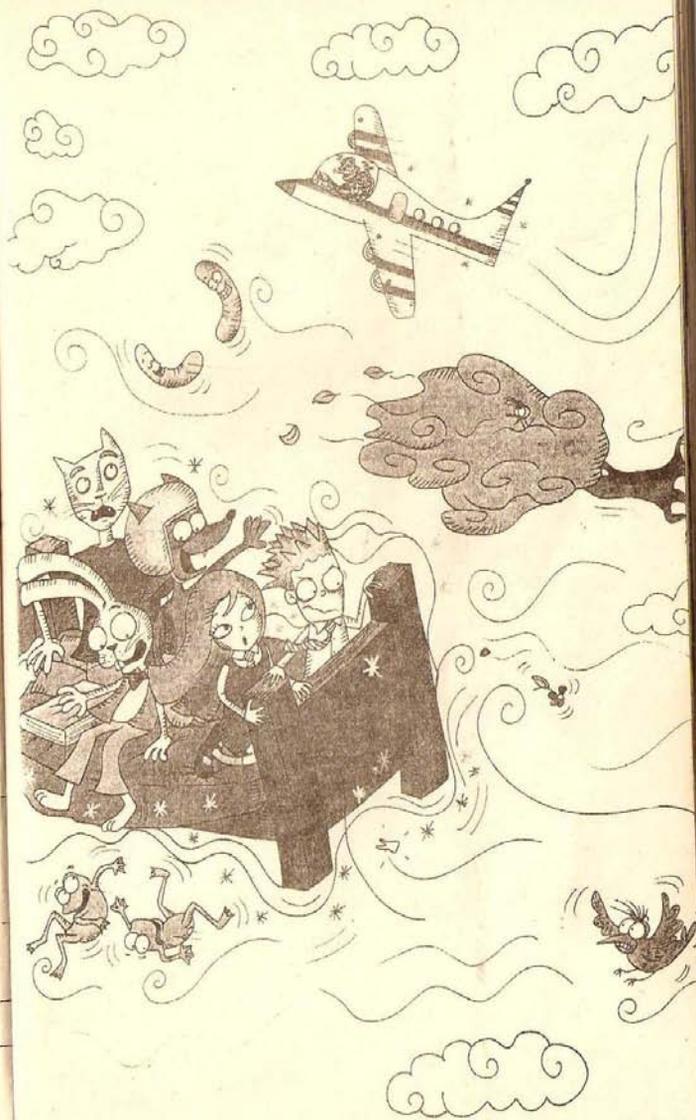
El tras-tornado

Si bien volaban a miles de metros de altura, las montañas aparecían imponentes bajo ellos. Observaron cumbres empinadas, campos de hielo y hasta glaciares inmensos.

—Me gusta la gordillera —comentó Oliverio—. Es linda y bondad-osa-polar.

—El único problema es que hay demasiado viento —dijo Bartolo, que trataba de manejar la cama.

Efectivamente, el vendaval hacía difícil controlar la aeronave. Cerca de ellos pasaron volando incontables objetos: un avión tripulado por dos amigos imaginarios, unas salchichas que hablaban con acento español, un diente y hasta unas ranas que hacían volteretas por los aires. Lo más raro era que la corriente soplaba a rachas, es decir a veces sí y otras veces no.



—¿Qué ocurre con el viento? —preguntó Valentín.

—No entiendo —respondió Bartolo—. De pronto viene muy fuerte y casi no avanzamos, luego se detiene y entonces podemos andar a máxima velocidad.

—Es como cuando yo aprendí a manejar mi moto-silueta —dijo Oliverio—. Hacía saltos como un conejo, o sea como don Parascual, paras-cual-quier lado.

Así atravesaron la ventisca en dirección al sur, en forma intermitente. Cuando no había viento en contra, aceleraban a fondo; en cambio, cuando venían las ráfagas, apenas avanzaban. Incluso algunas veces iban marcha atrás.

—¡Es un tras-tornado! —dijo el zorro.

Todos rieron y les pareció muy adecuado ese nombre para tamaña ventolera. Entonces divisaron el lugar que buscaban: tres grandes cerros, mejor dicho, tres gigantescas rocas, tres columnas de granito que se alzaban imponentes mostrando un color café anaranjado.

—¡Las Torres del Paine! —exclamó Pascual.

—¡Es lo más lindo que he visto en mi vida! —dijo Sofía.

—¡Qué rico! Parece que están hechas de caramelo —expresó Oliverio—. ¿Vamos a darles una probadita?

El conejo sonrió y palmoteó amistosamente al zorro.

—No son de caramelo, sino que roca sólida. Éste era nuestro punto de referencia, ahora será fácil llegar a nuestro destino: ¡la cueva del milodón!

Descendieron justo en la entrada de la caverna, que más bien parecía un estadio subterráneo.

—¡Hola! —exclamó Valentín.

Solamente se oyó su propio eco. Al parecer aquella enorme cueva estaba vacía. La recorrieron completa, buscando algún rastro de milodón, pero no tuvieron éxito. Bartolo estaba al fondo, y tocaba con sus manos el muro de piedra.

—¡Vengan! Escucho algo...

Todos se acercaron. El niño puso su

oreja pegada a la roca, luego dio un paso hacia atrás y se quedó pensativo. Miró a sus amigos a los ojos, después volvió a enfocarse en la pared. Súbitamente, con decisión, agarró una estalactita y la empujó con firmeza. Quedaron maravillados con lo que vieron.

—¡Una puerta secreta!

Si no lo leo, no lo creo

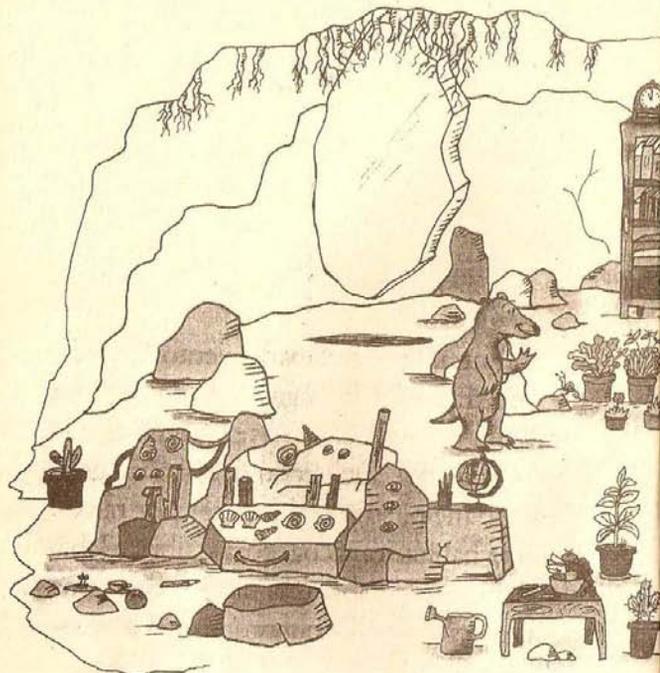
Entraron al compartimiento escondido uno tras otro. El lugar era una caverna también, pero mucho más pequeña que la cueva principal. Del techo colgaba un gran disco de hielo, sujeto al parecer por raíces. Era una habitación acogedora y tibia. Había alguien sentado sobre una piedra con forma de silla, pero no los vio, porque estaba de espaldas a ellos. Trabajaba afanosamente.

—Hola, buenos días —saludó Bartolo.

El personaje se dio vuelta. Era una especie de oso, del mismo tamaño que el niño.

—¡Hola! Bienvenidos. Me llamo Conrado y soy un milodón.

—Yo pensaba que los milodones medían más de tres metros —indagó Pascual.

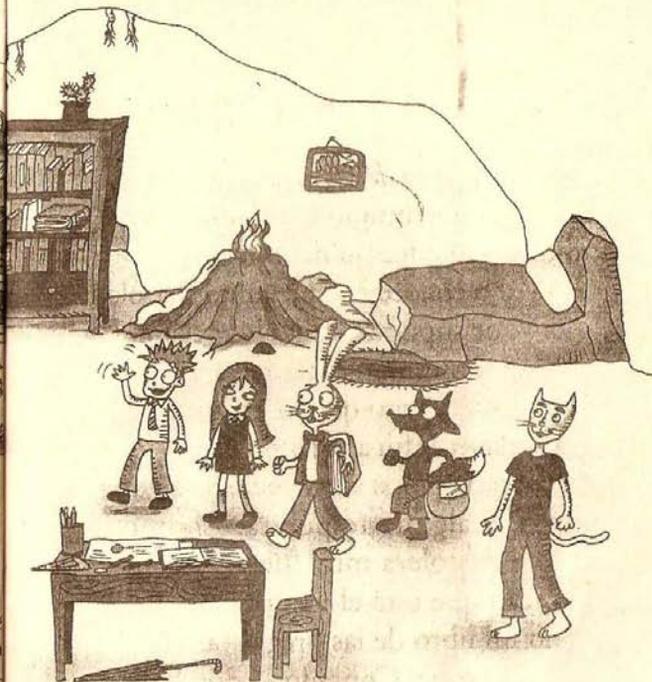


—Es que todavía soy un milodón cachorro.

Sofía se acercó a saludarlo y hacerle cariño.

—¡Qué lindo! —dijo—. ¡Un milodoncito! ¡Qué tierno!

Todos se presentaron con sus nombres. Luego el conejo habló.



—Estamos aquí porque debemos solucionar un problema muy complicado. ¿No estará tu papá o tu mamá para ayudarnos?

—No, ellos se fueron de vacaciones a Inglaterra para conocer un museo.

—Qué mala suerte... —murmuró Pascual, desilusionado—. Ahora nadie

podrá explicarnos dónde encontrar la otra mitad de este...

—¡El *Libro de las preguntas milodónicas!* —lo interrumpió Conrado al ver el texto que tenía debajo del brazo.

—¿Lo conoces? —preguntó Bartolo.

—Por supuesto, si yo lo escribí.

—¡Ooohhh! —exclamaron.

—Qué bueno que lo encontraron.

Hoy al amanecer fui a regar mis flores y los dejé a un lado por si se me ocurría alguna pregunta o alguna respuesta. Entonces vino una ventolera muy fuerte. ¿Se fijaron lo raro que está el viento? Y se llevó volando mi libro de las preguntas.

—Perdona, Conrado —dijo Valentín—, pero te oí decir *los* dejé. Entonces hay otro libro más, ¿cierto?

—Claro, El *Libro de las respuestas milodónicas*.

—¡Viva! ¡Hurra! —celebraron—. ¡Es el libro que estamos buscando!

Luego del festejo, Conrado sacó de un armario el mamotreto tan ansiado. Era idéntico al de las preguntas, pero, claro, con

la diferencia que en éste estaban anotadas las respuestas, con la misma buena caligrafía.

—¿Puedo tenerlo un momento? —preguntó Pascual.

—Por supuesto, tome señor conejo —respondió el milodón.

Pascual pasó las hojas en los dos libros, uno al lado del otro. «Murciélago» decía.

—Esa no es —dijo y siguió su búsqueda mientras todos lo miraban con impaciencia.

—«El pez-táculo» —leyó Pascual—. No, esa tampoco es la correcta.

De pronto, el conejo quedó como petrificado. Levantó sus cejas y sus orejas se estiraron de la impresión.

—¡Aquí está! ¡Esta es la solución a nuestra incógnita!

—¡Dínosla, dínosla!

—Léanla ustedes mismos, porque, al menos yo, si no lo leo, no lo creo.

El grupo de aventureros se apretujó para examinar la respuesta. Tuvieron que leerla varias veces para salir de su asombro. Bartolo dio un paso atrás.

—No perdamos tiempo y vamos a la cama mágica —dijo.

—¡Gracias, Honrado! —aulló Oliverio—. ¡Eres un escritorio muy sumamente haz-tuto!

Conrado sonrió con orgullo.

—¿Puedo acompañarlos? —solicitó.

—Por supuesto —contestó Bartolo—. Donde caben cinco, caben seis, ¿verdad?

Salieron por la compuerta secreta y corrieron hasta el artefacto volador, que estaba tranquilamente estacionado. Apenas cabían sobre el colchón. La cama tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantarse, pero al fin logró despegar muy lento.

—¡A la carga! —exclamó el zorro—. ¡A destinar tinos televisivos, a descubrir coberturas radiales y a desnudar nudos internéticos!

La nube estrepitosa

Nuestros héroes viajaron hacia el norte, es decir, un poco de vuelta desde donde habían partido, pero todavía muy al sur. A la cama le costaba volar con tanto peso y a Bartolo le costaba controlarla con tanto viento. De pronto, sobre ellos, muy en lo alto, apareció una nube extraordinaria. Era gruesa, azul oscuro por debajo y de ella salían deslumbrantes relámpagos. Pudieron ver que también recibía rayos de todas partes, incluso algunos que parecían rayos láser. Después de cada relámpago, se oía un trueno tan poderoso que parecía un terremoto o un volcán en erupción.

—¡Sofi, Sofi! —dijo Oliverio abrazando a la niña—. ¡Me dan miedo las explosiones y las desentonaciones!



Ella no alcanzó a responderle cuando un fulminante rayo chocó contra la cama. Todos salieron arrojados en distintas direcciones y se desplomaron hasta estrellarse contra la nieve. Pasó un buen rato hasta que Bartolo pudo levantar su cara, que estaba cubierta de hielo.

—¡Sofía! —gritó—. ¡Pascual!

En ese momento divisó a Valentín que lograba levantarse y lo saludaba a lo lejos. Juntos vieron las largas orejas del conejo que sobresalían de entre la nieve y tiraron de ellas hasta desenterrarlo.



—¡Oh, qué gran contratiempo! —dijo Pascual—. ¡Qué fastidio! Un verdadero infortunio. ¿Y los demás?



Entonces aparecieron Sofía y Conrado, un poco mareados, pero completos.

—Sólo falta Oliverio —dijo Valentín.

—Y mi cama —agregó Bartolo.

—¡Ahí viene! —prorrumpió Pascual.

—¿Quién, Oliverio? —preguntó la niña.

No, no era el zorro disléxico. Era la cama que venía gateando en sus cuatro patas. Había quedado muy aporreada con el costalazo.

—Aún falta Oliverio —señaló Bartolo—, debemos encontrarlo.

—Es cierto —coincidió el conejo—, pero también tenemos que salvar al mundo del cortocircuito de las telecomunicaciones.

—No —respondió el niño—. Yo no sigo hasta que encontremos a nuestro amigo.

Sofía se le acercó.

—Pascual tiene razón, Bartolo —le dijo—. Lo más razonable es que nosotros lo busquemos mientras tú solucionas el enredo de las conexiones.

—Pero yo también puedo ayudar a buscarlo.

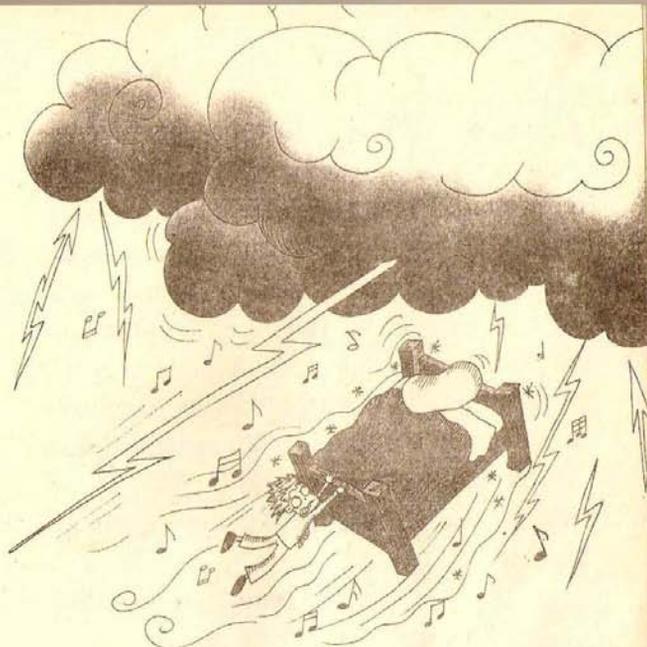
—Por supuesto que sí, pero ninguno de nosotros sabe manejar tu cama mágica. ¿Comprendes?

—Sí —respondió mirando la nieve bajo sus pies—. Está bien. Voy y vuelvo lo antes posible. Juntémonos en este mismo lugar.

—Ten cuidado —le pidió Sofía.

Bartolo sonrió y le dijo que no se preocupara. Luego montó su embarcación voladora de una plaza y despegó como un cohete, en forma vertical, directo hacia la nube fabulosa.

—¡Tengo que ser valiente! —se dijo a sí mismo—. ¡Por mis amigos y por toda la humanidad!



A medida que subía, los relámpagos eran cada vez más intensos. Aplicaba toda su destreza para esquivarlos, pero la turbulencia lo hacía aún más difícil. Un rayo pasó rozando por babor (es decir, el lado izquierdo) y Bartolo tuvo que girar la cama bruscamente, tanto que quedó medió colgando. Luego otro lo atacó por estribor (el lado derecho, por supuesto) y el giro tuvo que ser tan rápido y poderoso, que dieron la vuelta completa, y el ni-

ño piloto se afirmó con todas sus fuerzas para no caer al vacío. ¡Rayos, truenos, tempestad! Parecía imposible lograr el objetivo. Miraba hacia la nube y le parecía que el azul era cada vez más oscuro. De pronto, se percató que los estruendos seguían un ritmo muy rockero. La cama también se dio cuenta, porque comenzó a moverse al compás, casi como bailando. Así les resultó mucho más fácil seguir la marcha y como una flecha atravesaron el nubarrón.

Ahora todo era completamente distinto. No soplabla una brisa de viento, el sol resplandecía y la nube por encima era tan blanca como el algodón. Todo estaba quieto, excepto tres jóvenes chascones que eran los que tocaban la música rockera, felices de la vida.

—¡Qué! —exclamó Bartolo—. ¡Es imposible!

Los chascones celestes

—Paz y amor, hermano —le dijo uno de los rockeros de pelo largo.

Bartolo, que venía muy agitado, al oírlo sintió una inmensa tranquilidad.

—Hola, me llamo Bartolo.

—Yo, Gabriel —respondió.

—Y yo, Rafael —dijo el segundo.

—Y yo, Miguel —se presentó el último—. Estábamos tocando música.

El niño, sentado sobre su cama que flotaba en el cielo, sonrió.

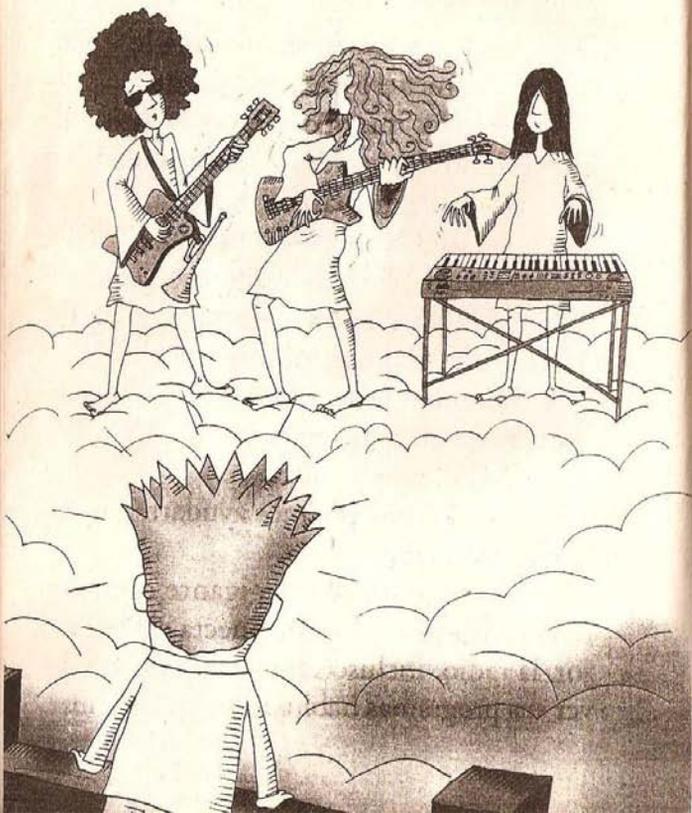
—Sí, me di cuenta.

—¿En qué podemos ayudarte? —le preguntó Gabriel.

—Hay un enredo gigante con las transmisiones. La gente conecta el televisor, la radio, incluso Internet y, en vez de ver sus programas habituales, aparecen los

sueños de otras personas. Y cuando duermen sueñan con noticiarios, avisos comerciales y cosas por el estilo.

—¡Caramba, cataplum y cáspita! —exclamó Miguel—. Ese sí que es un desperfecto morrocotudo. Nosotros somos los



encargados de que todos los mensajes lleguen a su destino correcto. Es más, cuando se trata de un aviso de suma importancia, lo anunciamos personalmente. Gabriel, tú que eres el especialista en rayos cósmicos, ¿qué crees que habrá sucedido?

—Realmente estoy sorprendido, porque todo parece funcionar bien.

Bartolo quiso hacerles una observación en forma muy prudente.

—¿No será... que por estar tocando música se hayan distraído un instante?

Ellos no se enojaron, al contrario, le explicaron de muy buena forma.

—No, la música no es el problema —dijo Gabriel—. Nosotros tocamos desde siempre y nunca ha fallado el sistema.

—Ah, qué lástima —respondió el niño—. Yo pensaba que había encontrado la solución.

Rafael había estado en silencio, meditando. Entonces, caminó hasta la orilla de la nube para acercarse a Bartolo. Los otros dos lo siguieron.

—Se me ocurre una idea. Si la falla

no está relacionada con los rayos, tal vez tiene que ver con el viento, que se ha comportado muy extraño últimamente.

—Sí —complementó Bartolo—, nosotros también nos dimos cuenta en el viaje. A veces sopla fuerte y después se queda totalmente quieto.

—¡Caracoles y zambomba! —prorrumpió Miguel—. ¿Acaso será que el viento desordenado está enchucando los rayos?

—Exactamente —contestó Rafael—. En vez de ir derecho a donde se supone, los rayos están siendo desviados por la turbulencia. Esa debe ser la razón del cortocircuito.

—Tal vez se haya gastado uno —intervino Gabriel.

Los otros dos músicos se quedaron estáticos y en silencio del puro asombro.

—¿Un qué? —preguntó Bartolo con enorme curiosidad.

Los rockeros pelucones se miraron unos a otros. Luego de una pausa que pareció interminable, habló Miguel.

—Un cometa.

—¿Qué? ¿Un cometa?

—Sí, Bartolo —le dijo Rafael—. Debes ir al espacio a capturar un cometa y después tendrás que llevarlo a la Antártica.

—¡Qué! ¡Un cometa, ir al espacio, llevarlo a la Antártica! —exclamó Bartolo tirándose los pelos—. ¡Es demasiado, no puede ser!

—Calma —dijo Gabriel—, nosotros te daremos las indicaciones para que lo logres.

—Ustedes deben estar confundíendome con algún superhéroe. Yo soy sólo un niño común y corriente.

—¡Hala! Que todas las personas son únicas —dijo Miguel.

—E irrepetibles —agregó Rafael.

Bartolo sentía gran nerviosismo ante la descomunal prueba que se le presentaba, pero al mismo tiempo confiaba absolutamente en estos tres rockeros melencidos, que le parecía como si los conociera de toda la vida.

—Está bien —dijo parándose sobre el colchón—. ¿Qué debo hacer?

La misión del cielo

El niño se sentó sobre su cama para escuchar con atención lo que le iban a explicar los instrumentistas.

—¿Hermano Bartolo, tú sabes lo que es la atmósfera?

—Sí —contestó—, o sea más o menos. Es lo que rodea a la Tierra, ¿cierto?

—¡Pardiez! ¡Exacto! —afirmó Miguel—. Es una gran burbuja que envuelve todo el planeta.

—Como una pompa de jabón gigante —agregó Rafael.

—Entonces —prosiguió Gabriel—, lo que debes hacer es traspasar esa burbuja y atrapar un cometa lo antes posible. Recuerda que en el espacio exterior no hay oxígeno que respirar.

—¿Pero cómo agarro un cometa?

¿Acaso no vuelan a miles de kilómetros por hora?

—Sí, pero no es tan difícil —expuso Miguel—. Lo pillas de la cola con un cordel.

—Te recomiendo hacerle un nudo ciego para que no se te arranque —sugirió Rafael.

Gabriel dejó su trompeta sobre la nube.

—Los cometas tienen una extraordinaria cantidad de viento solar en sus colas. Es el viento más poderoso y duradero que existe en el universo.

Bartolo saltó de la emoción.

—¡Ya entiendo! ¡Entonces los cometas son como una especie de pila de viento!

—¡Albricias, qué niño tan listo! —manifestó Miguel—. Así es, y lo que ha ocurrido es que uno de los cometas que sirven como chorro de corriente, se ha gastado. Duran mucho, pero bueno, sólo Dios es infinito.

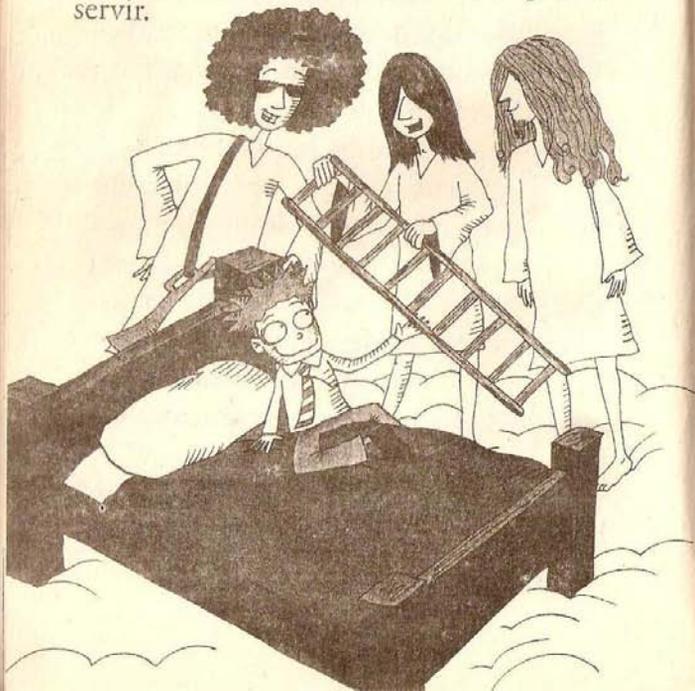
—Hasta aquí voy bien —expresó Bartolo—. Pero, ¿por qué debo ir hasta la Antártica?

—En la Antártica está la fuente que impulsa el aire de toda la Tierra. Imagínate, sin ella los veleros no podrían navegar —señaló Gabriel.

—Ni podrías sentir la brisa del atardecer en el parque —dijo Rafael.

Miguel caminó hasta el otro extremo de la nube y volvió con una escala bajo el brazo.

—Toma, esta escalerilla te puede servir.



Bartolo la recibió y la acomodó a un costado de su cama mágica. Hizo un resumen mental de su misión: «Traspasar la atmósfera, capturar al cometa y llevarlo a la Antártica».

—¿Eso es todo? —les preguntó a los rockeros.

—¡Reflauta! —profirió Miguel—. ¿Te parece poco?

—¡No! —respondió Bartolo sacudiendo los brazos—. Era por si faltaba algún detalle.

—A medida que avances en tu camino —dijo Gabriel— se te revelarán las claves para alcanzar la salvación. Lo importante es que, pase lo que pase, nunca pierdas la fe.

—Ni la esperanza —completó Rafael.

—Muchas gracias —dijo el niño, emocionado—. Ustedes son los músicos más simpáticos y sabios que he conocido en mi vida. Me gustaría volver a verlos alguna vez.

—Pierde cuidado —proclamó Mi-

guel—, que de todas formas nos veremos nuevamente.

—Ahora debemos seguir con nuestro canto —señaló Gabriel—. Ha sido magnífico conversar contigo y conocerte.

El joven piloto giró su cama y se despidió con gran felicidad.

—Mándale saludos a Sofía —exclamó Rafael—. Pronto le enviaremos una buena noticia.

«¿Cómo?», pensó Bartolo. «¿Cómo supo de Sofía, si yo ni siquiera la mencioné?». A medida que se alejaba de aquella fantástica nube, escuchó a los tres chascones celestiales que daban la partida para una nueva y estruendosa canción:

—¡Uno, dos, un dos tres y...!

Un esfuerzo astronómico

La cama mágica y su dueño ascendieron suave pero decididamente. Ya no había nubes y el cielo era de un azul cada vez más profundo. Bartolo sentía que le faltaba el aire y no sabía si era por la altura o por el terrible nerviosismo. Finalmente llegaron al borde que separa la atmósfera del espacio sideral. En efecto, se trataba de una inmensa burbuja de jabón de visos tornasoles, una miríada de matices... bueno, como muchos colores al mismo tiempo. Entonces la cama se detuvo.

—¿Qué te pasa? ¿No quieres seguir?

La cama movió la cabecera de izquierda a derecha, como diciendo «no».

—Pero si solamente faltan un par de metros. ¿Te da susto?

Ahora respondió subiendo y bajando su extremo, como diciendo «sí».

—Te comprendo, yo también tengo miedo, pero tenemos que cumplir con nuestra misión. Piensa que ayudaremos a todas las personas del mundo.

Entonces la cama levantó sus dos patas derechas, para mostrarle la escala.

—¡La escalerilla de Miguel! ¡Qué buena idea! Mejor dicho, qué buenas ideas: la de él en regalármela y la tuya, de justo usarla ahora cuando la necesitamos.

Cuando Bartolo la apoyó sobre el colchón, se quedó parada y muy recta. Por suerte, porque no había ningún muro donde apoyarla.

—No te muevas, por favor —le dijo el niño a su mueble, que se quedó tan sosegado como si fuera una foto.

Tomó una sábana para usarla como cordel y comenzó a subir, lentamente, peldaño tras peldaño. Cuando llegó al penúltimo, se dio cuenta que no conseguiría alcanzar la burbuja. De todas formas decidió subir al siguiente. Entonces ocu-

rió algo formidable. A la escalerilla le creció otro palo, donde pudo apoyar su mano. Y después otro y otro más, y así se fue alargando hasta topar con la burbuja.

«Fantástico» pensó Bartolo. «Ahora debo pasar al otro lado. Sólo un par de peldaños más».

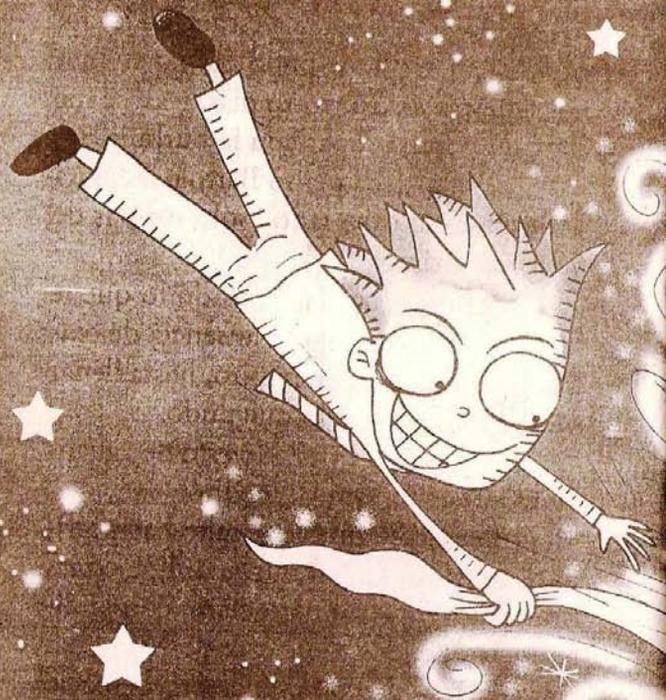
Antes de cruzar, recordó lo que le dijo Gabriel acerca de la ausencia de oxígeno y tomó un gran respiro, hasta llenar sus pulmones todo lo que pudo.

«Me suena conocido esto de aguantar el aire al máximo», meditó.

Luego dio un fuerte salto hacia arriba y atravesó la gran burbuja. Fue como tirarse un piquero, pero claro, con la diferencia que, en vez de caer de vuelta hacia la Tierra, quedó flotando en el espacio estelar.

—¡Yupi! —exclamó, pero no se oyó nada, porque sin aire no se propaga el sonido.

Entonces pensó que no podría aguantar mucho tiempo sin respirar, y no sabía cuándo pasaba un cometa por ahí.



Tuvo una extraordinaria buena suerte y una espantosa mala suerte, las dos al mismo tiempo. Buena fortuna porque justo en ese momento venía un cometa, y mala porque justo, justo, ¡venía a toda velocidad directo hacia él!

Se apresuró en preparar la sábana, haciéndola girar para que quedara enrollada como un lazo. En el preciso instante en que el bólido iba a estrellarlo, se impulsó y dio un acrobático salto mortal, y estando cabeza abajo, logró cazar al cometa. Luego tuvo que *nadar* con todas sus fuerzas, porque al parecer esta estrella fugaz era de las más fugaces que se pueden encontrar, ya que efectivamente tenía muchas ganas de fugarse. Bartolo volvió hasta la burbuja tirando al cometa, que hacía piruetas y salpicaba polvo estelar para todos lados. Al fin pudo respirar, y con tanta fuerza, que casi se traga su cama completa. Cayó sobre el colchón, amarró la sábana a la pata de la cama y puso la escalera de vuelta en su sitio.

—¡Yajú! ¡Eso sí que fue emocionante! —vociferó, y ahora sí que se escuchó

su grito en todo el firmamento—. Ahora solamente falta llevar a este cometa revolotoso hasta la Antártica —describió, y al decir «solamente» se rió a carcajadas, pero entonces recordó a su amigo zorro y su cara cambió de risa a preocupación—. ¡Oliverio! ¿Habrán podido encontrarlo?

Se puso al mando de su aeronave-que-hasta-sirve-para-dormir y se lanzó en clavado para juntarse con sus inseparables amigos. ¿Inseparables? ¿Y el zorro extrañado?

—¡Por supuesto que inseparables!
—clamó—. ¡Allá voy! ¡Al rescate!

Perdida en la nieve

Sofía avanzaba lentamente en busca de Oliverio. Sus pasos se hundían en la nieve. Llevaba los brazos cruzados para soportar la fría ventisca blanca que chocabá contra su cuerpo.

—¡Pobrecito, mi zorrillo regalón perdido! ¿Dónde estarás?

Apenas podía ver y sentía que las piernas se le doblaban de cansancio. Se imaginaba cuánto la habrían buscado sus padres años atrás, cuando el avión donde viajaban se había accidentado en medio de la cordillera. Bueno, si es que ellos hubiesen logrado sobrevivir.

—¿Dónde estás, mi niño precioso?

Las lágrimas se congelaban en sus ojos. Recordaba cuando el conejo Pascual y su señora la salvaron. Recordaba con



cuánto cariño la habían cuidado y todas las cosas buenas que le enseñaron. Se acordaba también de su pequeña casa con forma de reloj de arena, que había construido con la ayuda de todo el pueblo y decorado con tanto amor. Pero de los que más se acordaba era de su papá, de su mamá... y de Bartolo.

—Mi niño...

Cayó de rodillas sobre la nieve y sintió que se desmayaba. Estaba rendida. Con la vista borrosa logró divisar una forma acercándose.

—¡Sofía! —exclamó Bartolo, que venía volando para socorrerla.

Antes de aterrizar saltó fuera de su cama y se arrodilló junto a ella. Su cuerpo de niña estaba tendido sobre la nieve, inmóvil y frío. Bartolo la tomó en brazos y la acomodó sobre la cama. La envolvió con la frazada y despegó inmediatamente para llegar al punto de encuentro con los demás.

—Resiste, Sofía linda.

El computador cavernícola

—¡Ahí vienen! —anunció Valentín.

—¿Qué le ocurrió a Sofía? —preguntó Pascual.

—La encontré desmayada en medio de la nieve. ¿Se va a mejorar, verdad?

El conejo se sentó junto a ella para examinarla. El milodón cachorro también se acercó a la cama, pero a observar el astro que revoloteaba en la parte posterior.

—¿Acaso es un cometa el que traes amarrado a la pata de tu cama?

—Así es, Conrado —respondió Bartolo—. Lo capturé con mi sábana en el espacio exterior. Pero luego les cuento esa historia, ahora tenemos que concentrarnos en lo esencial. ¿Pudieron encontrar a Oliverio?

—Por ningún lado —respondió Valentín, cabizbajo.

—¡Oh, no! ¿Y qué vamos a hacer entonces?

—Lo más prudente —intervino Pascual— es llevar a Sofía a un lugar menos frío donde pueda recuperarse.

—¡En mi cueva hay calefacción! —proclamó Conrado—. Y tengo plantas medicinales para sanarla.

—Pero, ¿y nuestro zorro atolondrado? —preguntó Valentín.

—Me parece sensato lo que dice Conrado. Volvamos a su caverna y allí planificaremos cómo ubicar a Oliverio. La vida de Sofía corre peligro.

Al oír estas palabras, a Bartolo se le hizo un nudo en la garganta y sintió como las lágrimas salían de sus ojos. Se las secó con el brazo y dijo:

—No perdamos más tiempo, ¡a la cueva del milodón!

Apenas vislumbraron las Torres del Paine, iniciaron el descenso hacia la gran cueva. Entraron volando hasta el fondo. Conrado accionó la estalactita y entraron en la caverna secreta. Pusieron a Sofía sobre la

cama de piedra del pequeño milodón. Junto a ella había un volcán en miniatura que entregaba un reconfortante calor. Valentín se quedó cuidándola. El dueño de casa preparó chocolate caliente con canela para todos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Bartolo.

—Bueno —tomó la palabra Conrado—, siempre que necesito ubicar información, lo hago a través de Internet, pero ahora, como todo está funcionando al revés...

—No perdemos nada con intentarlo —sentenció Pascual.

—¿Dónde está tu computador? —consultó Bartolo, apoyándose en un gran armatoste de piedra con palancas de madera, cables de cordel y perillas de conchas marinas.

—Ese es mi computador —contestó el mamífero prehistórico.

—Oh, perdona, es que me confundí.

—No te preocupes, es un poco pasado de moda, pero funciona. Lo armé yo mismo.

Conrado movió unas palancas, conectó algunos cordeles y giró unas cuantas perillas. Entonces algo asombroso ocurrió.

—¡Guau! —exclamó Bartolo.

Y era para sorprenderse. Se abrió un diminuto agujero en la pared, del cual salió un finísimo rayo dirigido al centro del gran disco de hielo que colgaba del techo. Luego de atravesar el bloque, se expandía y mostraba las imágenes del computador en el muro del fondo, formando una espectacular pantalla.

—Fabuloso —dijo Pascual—. ¿Cómo funciona?

Conrado respondió sonriente.

—El haz de luz, al traspasar el disco de hielo eterno, se difracta y proyecta la imagen de mi computador.

—¡Qué tecnológico eres! —lo felicitó el niño.

—¿Y los colores? —preguntó el conejo muy interesado—. ¿Cómo consigues separarlos tan ordenadamente?



—Para eso sirven las flores —respondió señalando las trenzas que sostenían el disco—. Esas son las raíces de mis plantas.

Por eso subo a la superficie todos los días a regarlas. Así obtengo la máxima nitidez.

—Eres un verdadero genio —dijo Bartolo—. ¿Pero qué es eso que dice tu computador ahora?

—¡Oh, no! ¡Qué fastidio! ¡Es una alerta de virus! —exclamó el milodón.

Leyeron lo que decía la máquina:

VIRUS OLIVERIO DETECTADO.

HAGA CLIC PARA VERLO.

Conrado seleccionó «Aceptar» y entonces apareció el zorro perdido en la pantalla. Se daba vueltas de carnero, bailaba estilo tropical y saludaba al público como si hubiese ganado algún concurso.

—¡Oliverio se metió dentro de Inter-



net! ¿Cómo pudo suceder aquello? —preguntó Pascual.

—No tengo idea —contestó el milodón computacional—, pero al parecer ha saturado la red completa.

—Bueno —dijo Bartolo—, es cierto que a veces puede saturar un poco, pero no es para tanto, hay que tenerle paciencia.

El computador mostró un nuevo mensaje:

¿DESEA DESCARGAR A OLIVERIO?

—No estoy seguro —meditó Conrado—. ¿Será la forma correcta de recuperarlo?

El computador insistió:

¿EN SERIO, DESEA DESCARGAR A OLIVERIO?

IDESCÁRGUELO, POR FAVOR, SE LO SUPLICO!

—Parece que ya no aguanta más —dijo Pascual—. Hagámosle caso.

El milodón presionó «Aceptar» y ocurrió la cosa más divertida. Por el pequeño agujero en la pared comenzó a aparecer la cola del zorro, luego su cuerpo con mucha presión, y finalmente cayó completo al suelo respirando agitadamente y muy mareado.

—¡Yipi! ¡Tipi-tipi-tíí! —exclamó—. ¡Acabo de tener el sueño más fabuloso-hormiguero y flan-tástico!

—Sí, te vimos en vivo y en directo —dijo Bartolo—. ¿Qué fue lo que pasó?

—No lo sé muy bien, niño Bartolo. Sólo me quedé dormido un segundo, o un primero, porque me dio sueño muy rápido, y de repente estaba navegando por todas las triple-doble-ve. Fue como un ataque de magnesia, porque perdí la memoria.

Al sentir la voz de su querido zorro, Sofía abrió un poco los ojos.

—¿Oliverio?

—¡Sofí! ¿Qué te escurrió? ¿Estás enfermera? —le preguntó y corrió hacia ella.

Valentín le explicó:

—Ya se está recuperando. Estuvo a punto de congelarse, pero Bartolo la salvó.

El zorro se lanzó encima del héroe para abrazarlo.

—¡Gracias gracias, niño Bartolo! ¡Eres un salvavidas, un salvadoreño, un salvaje!

—De nada, Oliverio, pero me estás asfixiando.

Entonces habló Pascual.

—Qué alegría. Ya estamos todos juntos de nuevo, sanos y salvos. Pero aún debemos resolver el problema del enredo de las comunicaciones y los sueños. Bartolo, ¿qué debemos hacer con ese cometa que traes amarrado a tu cama?

—Bueno, en el camino les explico los detalles, pero en resumen... debemos llevarlo a la Antártica.

—¡A la Antártica! —gritaron con espanto y quedaron todos suspensos.

—Zás-tamente —acotó el zorro—. «Alan Táctica», yo lo entendí perfecto.

Darle vuelta al problema

Así iniciaron el desenlace de su aventura nuestros bondadosos y aventureros personajes. Todos menos Conrado el milodón, que luego de la gran caída provocada por el relámpago, le agarró susto a subirse a la cama mágica, y prefirió quedarse en su caverna esperando. Sobrevolaron Tierra del Fuego y luego cruzaron el mar, hasta vislumbrar el esplendoroso continente blanco. A medida que fueron internándose, la temperatura era cada vez más baja.

—Me estoy convirtiendo en helado de zorro.

—¡Pobrecito, mi niño friolento! —dijo Sofía y lo abrazó.

—Mejor dicho frío-rápido; ya se me congelaron los bigotes —respondió Oliverio.

Valentín estaba inquieto.

—Bartolo, ¿dónde está lo que buscamos?

—Calma, calma. Ya debe faltar muy poco —contestó, mirando con detención el horizonte.

Y entonces lo vieron. Allí estaba, al fin.

Frente a ellos, a lo lejos, se levantaba la más filuda y extraordinaria cumbre que jamás habían presenciado. Era transparente y delgada, como una estalactita gigante, como una aguja del porte de una montaña. Y para más remate, en su punta tenía ¡cuatro cometas que giraban a toda velocidad!

—Ese sí que es un molino de viento —dijo Bartolo, pasmado.

—Parece un gigantón moviendo los brazos.

—¡Ay, Oliverio, que eres divertido! —dijo Sofía—. Eso es de otro libro.

—¡Sí, esa sí me la sé! —aulló entusiasmado—. Es de Don Chilote de la Lancha.

Todos rieron con el ingenio del zorro, luego quedaron en silencio.

—Impresionante —comentó Pascual—. Fíjense que los cometas son algo así como las aspas del molino.

—Sí, pero hay uno que tiene menos fuerza —observó Sofía.

En efecto, solamente tres de los cometas daban vueltas con toda su potencia. El cuarto estaba prácticamente apagado.

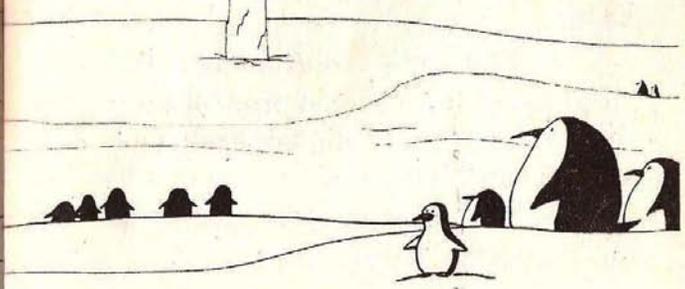
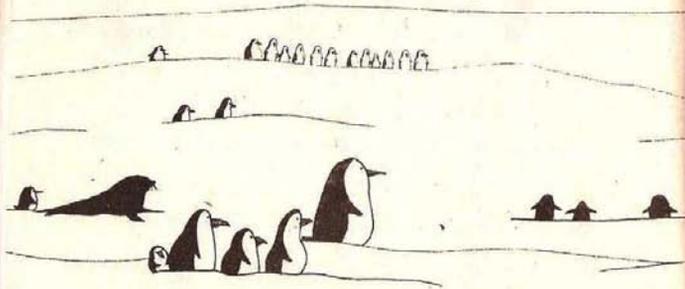
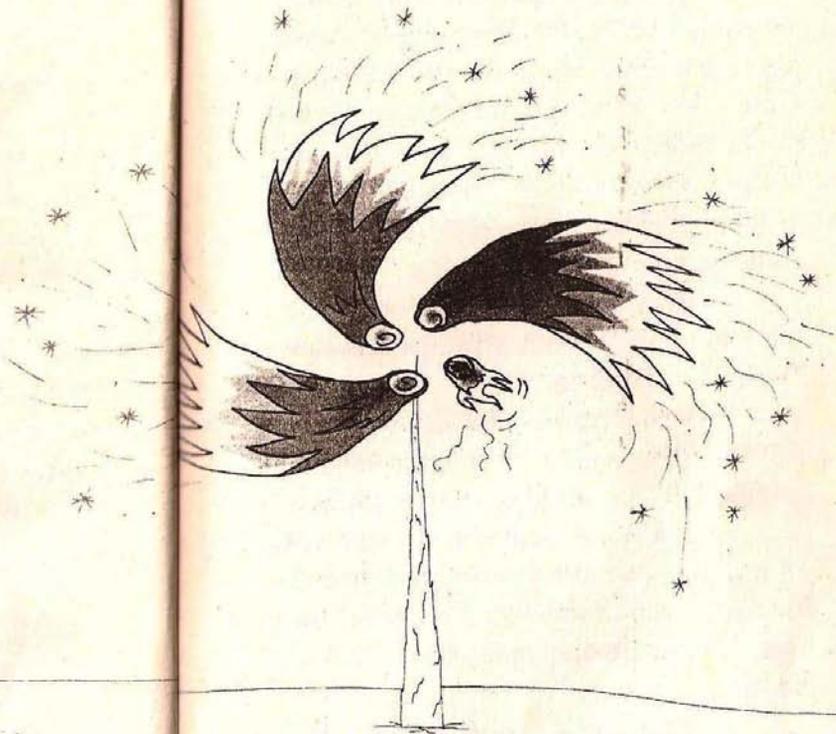
—¡Por eso el viento sopla en forma desordenada! —dedujo Valentín.

Precisamente así ocurría. Las tres cuartas partes del tiempo, la montaña ventilador impulsaba aire como un huracán. Pero cuando le tocaba al que estaba gastado, apenas llegaba una brisa insignificante. Por eso la cama a veces podía avanzar fácilmente, pero después salía empujada hacia atrás.

—Debemos acercarnos más —dijo Bartolo— para cambiar el cometa vencido por el nuevo que traemos.

—Intenta acelerar a fondo cuando el viento esté manso —propuso el conejo.

—Buena idea —dijo el niño piloto—. ¿Están preparados? ¡A la una, a las dos y a las...!



—¡¡¡Tres!!! —gritaron todos juntos.
Aprovecharon el instante de calma para volar a toda máquina, pero no alcanzaron a aproximarse lo suficiente y el ventilador-molino de viento los lanzó de vuelta como si fueran un juguete pequeño.

—¡Uuuuaayyy! —exclamaron, aferrándose para no caer.

—Parece que ese sistema no era tan demasiado de lo mejor que digamos, don Pascual —dijo el zorro.

—Tienes razón, Oliverio —respondió con ojos tristes y sus orejas caídas—. Lamento no ser un experto meteorólogo.

—¡Meteor-loco! Pero si nosotros ya logramos ganarle a un meteor-loco. ¿Cierto, don Pascuero? No te pongas triste, es cosa de darle más vueltas al problema.

Al oír las palabras del zorro, a Pascual le cambió la cara. Se puso alegre y sus orejas se movían con tanta emoción que parecían antenas.

—¡Eres un genio! ¡Me has dado la solución perfecta! ¡Gracias!

—De nada, pero no me llamo Eugenio, sino que Oliverio. Parece que se le están confundiendo los nombres, don Pascualino.

—¿Cuál es la idea que se te ocurrió? —preguntó el puma.

—Tal como dijo Oliverio: «Hay que darle vuelta al problema».

—No comprendo —dijo Sofía.

El conejo se acomodó para explicarles.

—¿Cierto que nuestro dilema es que cuando queremos aprovechar el instante sin viento que deja el cometa gastado, inmediatamente viene el ventarrón del siguiente, que nos tira lejos?

—Sí —contestaron todos.

—Entonces, lo que debemos hacer es «darle vuelta al problema», es decir, volar hacia la montaña ventilador, pero al mismo tiempo girar siguiendo el espacio sin viento.

—En verdad eres un genio —le dijo Valentín a Pascual.

—Ahora resulta que todos se quieren llamar Eugenio, no entiendo nada —dijo Oliverio.

—Bartolo —habló Sofía—. ¿Es posible hacer esa maniobra?

—Podemos tratar. Espero que sí. Haré mi mayor esfuerzo y estoy seguro que mi buena cama pondrá todo de su parte. ¿Ustedes tienen fe?

—¡Por supuesto que sí! —exclamaron al mismo tiempo.

—Está bien —dijo nuestro intrépido protagonista y luego tomó aire para darse ánimo—. Ventilador polar: ¡allá vamos!

El ventilador polar

Siguieron las instrucciones del conejo, volando en dirección a la montaña-ventilador-molino de viento-polar y al mismo tiempo dando vueltas como una rueda de la fortuna. La técnica resultó perfecta, y así se acercaron más y más, sin tener viento en contra. Llegaba el momento crucial, el *símmum* de la epopeya, el *non plus ultra*... bueno, la parte más emocionante. Valentín fue el elegido para intentar la proeza, por ser el más fortachón de todos.

—¡Estamos a punto de llegar! —anunció Bartolo.

—Debemos movernos con extremo cuidado —dijo Pascual—. Si nos acercamos demasiado, corremos el riesgo de ser estrellados por alguno de los cometas, lo cual nos destruiría en mil pedazos.

—Y con lo congelado que estoy —agregó el zorro— serían mil cubitos de Oliverio repartidos por Alan Táctica.

—Ahora es el momento —indicó el conejo, muy nervioso—. Tenemos solamente una oportunidad.

Entonces, todos miraron a Valentín. Querían confiar en su destreza, pero tenían miedo que esta hazaña fuese demasiado difícil, incluso para un aguerrido puma cordillerano.

—¿Podrás lograrlo? —le preguntó Sofía, con ojos suplicantes.

Él estuvo un momento en silencio, observando con atención el movimiento de los cometas del ventilador polar. Luego respondió:

—Haré mi máximo esfuerzo, y que Dios nos ayude.

En ese instante, el heroico felino desamarró la sábana y la hizo girar sobre su cabeza, como una boleadora. El revoltoso cuerpo celeste arrojaba polvo de estrellas como si fuera papel picado en un cumpleaños.

—¿Estás listo? —preguntó el niño—. Es ahora o nunca.

—¡Prefiero ahora —respondió el puma—, porque ya no puedo sostener más esta cosa loca!

Bartolo dio la señal, gritando a todo pulmón:

—¡Uno, dos, y...!

—¡¡¡Tres!!! —aullaron todos.

Valentín lanzó el cometa como si se tratara de una bola de nieve. Utilizó toda su fuerza de puma y tuvo tan buena puntería, que le achuntó justo al punto exacto donde tenía que ir. Los ruidos que se escucharon fueron más o menos así: «¡Fiiiiuuu!», al ir volando el cometa hacia el ventilador polar, y después «¡¡¡Troc!!!», cuando hizo carambola con el que había que cambiar, que salió disparado y quedó enterrado en la nieve.

—¡Hurra! —exclamaron con inmensa felicidad y alivio.

—¡Urraca! —agregó Oliverio.

Fue un momento sensacional. Lo bueno fue que el viento quedó soplando

totalmente parejo. Lo malo, que ahora no había parte sin ventarrón y salieron despedidos a máxima velocidad.

—¡Uaaayayayaiiii! ¡Agárrense como puedan!

—¡Esto parece un ciclón del Caribe!

—¡Me siento como dentro de una lavadora!

—¡Oliverio, por favor, no me tires la cola, que me duele!

—¡Es que si no me caigo al vasito, don Volantín!

Finalmente, Bartolo logró controlar la cama y se quedaron flotando. Contemplaron el despampanante ventilador polar bajo el sol austral durante varios minutos. Luego dieron media vuelta y regresaron a la casa de Conrado.

—¡Hola! —lo saludó Sofía—. ¡Nos resultó! —dijo, abrazando al milodón.

Él estaba sentado frente a su computador cavernícola y se puso muy feliz, tanto por el triunfo conseguido como por el estrujón de la niña. Oliverio observó este gesto de cariño con mucha atención.

—A mí también ((me gustan los abrazos —dijo el zorro—. Y más encima fui un peladín invisible, un poroto-egoísta.



—¡Por supuesto que fuiste un paladín invencible y un protagonista! —exclamó ella y corrió a apretujarlo y a taparlo de besos en su peluda cara—. Tú sabes que eres mi favorito, ¿cierto?

Oliverio no daba más de felicidad. Sonreía con los ojos cerrados y se estiraba para que Sofía lo rascara detrás de las orejas. Mientras, ella sonreía y miraba a Bartolo.

—¡Los felicito por la victoria! —dijo el milodón—. Yo ya sospechaba que lo habían logrado, porque Internet está funcionando a la perfección. De hecho, les tengo una sorpresa. Bueno, en realidad es para ti, Sofía.

—¿Para mí? —preguntó intrigada.

—Sí, es una información que obtuve con mi computador. En eso estaba trabajando ahora. Solamente falta imprimirlo.

Entonces seleccionó un botón en la pantalla que decía «Imprimir», pero en vez de tener la imagen de una impresora, aparecía un dibujo de un volcán. A Bartolo le pareció extraño, pero no alcanzó a preguntar, porque en ese momento, aquel mini-volcán que le había dado calor a Sofía cuando estaba medio congelada, comenzó a brillar y gorgotear. Todos quedaron impresionados al ver que el diminuto cráter hizo una pequeña erupción, emitiendo ruidos como un motor de camión. Luego, saltó un minúsculo chorro de lava que corrió por una retorcida canaleta hasta llegar a una piedra lisa y cuadrada. Al caer el líquido incandescente sobre la roca, se formaron letras, igual que en una impresora, pero bastante más lento.

—Gracias, Conrado, qué lindo. Pero ¿qué es? —preguntó la niña.

—Es la dirección donde viven tus papás, Sofía —dijo el milodón.

Ella se quedó inmóvil y sus ojos se pusieron brillantes con lágrimas.

—¿Mis papás? —preguntó con la voz temblorosa—. ¿Estás seguro?

—Casi totalmente, pero claro, debes ir a comprobarlo por ti misma —respondió y le pasó la placa.

Ella tomó la piedra tibia y la apretó contra su cuerpo. Bartolo estaba muy preocupado al verla tiritando. Quería ayudarla, decirle algo. Fue ella quien lo miró con inmensa ternura y le dijo:

—¿Tú me podrías ayudar a encontrar esta dirección, por favor?

—¡Por supuesto! —respondió y se acercó a ver la tabla. Cuando leyó lo que estaba escrito, quedó tan impactado que parecía como si lo hubiesen embalsamado.

—¿Sabes dónde queda? —preguntó la niña.



Bartolo despertó de su conmoción y la miró a los ojos.

—Claro que la conozco, ¡es en la misma calle donde vivo yo!

Cada cual aporta
con su granito... ¿gigante?

—Adiós, Conrado. Ha sido un gusto conocerte. Espero que nos veamos pronto —dijo Valentín y le sacudió la mano enérgicamente.

—Sí —añadió Pascual—, puedes ir a visitarnos cuando quieras.

—Muchas, muchas gracias —le dijo Sofía—. Eres un milodón muy bondadoso.

El último en despedirse fue Oliverio.

—En verdad y en realidad eres muy honrado, Honrado. Tus papás, don Milodón y doña Milodoña, te pusieron el nombre exacto, Honrado. Ojalá que se revuelvan pronto de sus vacaciones —dijo y luego le dio un fuerte y honrado abrazo.

—Gracias a ustedes —dijo el milodón cachorro—. Son los mejores amigos que he tenido. Voy a crear una página en

Internet para contar esta aventura tan sensacional.

Una vez terminada la ceremonia de despedida, salieron de la caverna secreta, subieron a la cama mágica y se elevaron, dejando atrás la formidable cueva del milodón. Al pasar por las Torres del Paine, Bartolo hizo un vuelo rasante, cruzando por entre aquellas monolíticas cumbres de granito.

—Yo que pensaba que los granitos eran así de chicos —dijo el zorro juntando su dedo índice con el pulgar y poniéndolos frente a uno de sus ojos—. En la playa nunca he encontrado un granito tan gigante. Al que lo construyó deberían darle premios, muchos premios.

El viaje de retorno fue tranquilo, sin sobresaltos ni turbulencias. Cuando sobrevolaban Campos de Hielo, Bartolo miró hacia las alturas y vislumbró la nube estrepitosa. Seguía siendo azul oscuro por debajo y terriblemente ruidosa, pero ahora los rayos arribaban y partían en forma ordenada, muy derechos y cada uno esperando su turno.

—¿En qué piensas? —le susurró Sofía.

—En esa nube. Si la gente supiera...

—Sí, es increíble que lo hayas conseguido tú solo.

—No exactamente. Recibí justo la ayuda que necesitaba, en el momento más indicado. Ahora comprendo que lo importante es, pase lo que pase, siempre tener fe.

—Y esperanza —complementó ella.

Bartolo se sorprendió.

—¡Sí! Esperanza. Eso fue lo mismo que dijo... Bueno, tengo muchas cosas que contarte.

Al llegar al pueblo secreto en medio de la cordillera de Los Andes, todos sus habitantes salieron a recibirlos. Inmediatamente comenzaron los preparativos para la celebración. Sofía y Bartolo fueron a despedirse antes de emprender el viaje hacia la ciudad.

—Que Dios los acompañe —dijo Valentín.

—Tomen, aquí tienen semillas de nuestros árboles —dijo Pascual y les pa-

só un pequeña bolsa de papel a cada uno—. Hay de todos los tipos: árboles de frutas, de caramelos, incluso árboles de la nueva variedad dieciochera, los cuales dan empanadas, pastel de choclo y choripanes.

—¿No quieren quedarse al fiestón? —pidió Oliverio—. Yo me enseñé unos nuevos bailes tropicales, hasta con coleóptero-geografías.

—¿No serán coreografías?

—¡Zás-tamente, Sofí!

—Nos encantaría —intervino Bartolo—, pero debemos ir en busca de los papás de Sofía, y yo tengo que volver a mi casa, porque si no a mi mamá le va a quedar el pelo tieso de susto.

—Pero no te preocupes —le dijo la niña al zorro—. Tenemos que traerte tu moto de vuelta, así que volveremos lo antes posible.

—¡Sí, mi moto-silueta! ¡Brruummm! ¡Es la más vel-osa-mayor de Edmundo!

Finalmente, Bartolo y Sofía fueron a sentarse sobre la cama y despegaron.

Hicieron un círculo sobre la aldea despidiéndose con los brazos y luego enfilaron hacia su destino: la Región Metropolitana.

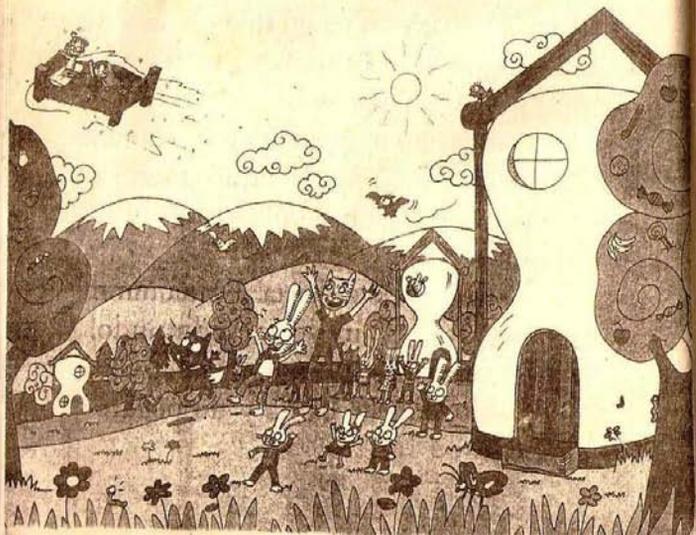
—¿Estás muy nerviosa por ver a tus papás? —le preguntó Bartolo a medida que cruzaban las nubes al atardecer.

—No quiero hacerme demasiadas ilusiones —respondió ella.

El niño la miró directamente, y pensó decirle algo para darle ánimo, pero tuvo una mejor idea. Suavemente puso su mano sobre la de Sofía. Ella se la tomó y

la apretó un poco. Él vio como la cara de la niña cambió y se puso más tranquila.

«Ojalá que Conrado no se haya equivocado», pensó Bartolo. «Dios quiera que estén vivos».



Soñar para que todo sea verdad

Al acercarse a la casa de Bartolo, vieron como el techo se abría y descendieron planeando con suavidad. La cama quedó estacionada exactamente en su lugar cotidiano, como si nunca se hubiera movido un milímetro. Bajaron la escalera y salieron a la calle. Casi era de noche, pero todavía hacía calor. Caminaron por la vereda, tomados de la mano, hasta llegar a la dirección que indicaba el bloque de piedra.

—¿Estás lista? —preguntó el niño—. ¿Quieres que toque el timbre?

Sofía tomó aire, dio un profundo suspiro, apretó los labios y finalmente movió su cabeza afirmativamente, de arriba abajo, pero sin decir una sola palabra.

—Ding-dong.



Oyeron unos pasos y luego la puerta se abrió. Fue una escena en cámara lenta. Frente a ellos estaba parada una mujer muy linda, con los mismo ojos risueños y la misma sonrisa tierna de Sofía. Claramente era su mamá.

—¡Sofía! —le salió del corazón—. ¡Mi niña preciosa, mi vida!

La tomó en brazos como no queriendo soltarla nunca más. Las dos lloraban y se daban besos.

—¡Te quiero, mamá!

—¡Y yo a ti! ¡Te quiero tanto! ¡Gracias, Dios mío!

Al oír el alboroto apareció el papá, un señor alto y con cara de inteligente.

—¡Hija mía! —exclamó y también se puso a llorar, al mismo tiempo que abrazaba a su señora y a su hija perdida, pero ahora recuperada.

Cuando la dejaron nuevamente en el suelo, Sofía se acercó a Bartolo y lo presentó a sus papás.

—Con la ayuda de muchos amigos pude encontrarlos, pero principalmente gracias a él —les explicó y lo tomó de la mano—. Él es Bartolo, es mi... —al decir esto último se puso roja—. Él es mi mejor amigo, al que más quiero en todo el mundo.

Entonces los papás de Sofía abrazaron al niño y le agradecieron infinitas veces. Lo invitaron a pasar, pero ya era tarde y él sabía que debía volver a su casa.

—Mi mamá debe estar esperándome, no quiero que se preocupe demasiado.

—Qué niño tan bueno y tan obediente. Puedes venir mañana y todos los días que quieras.

Sofía les pidió un momento para despedirse de él.

—Bueno, —dijo Bartolo—, parece que este es el fin de la historia.

—Un final muy feliz —dijo la niña—. Y también el principio de muchas nuevas aventuras.

—Tienes razón —dijo él, con un nudo de felicidad en la garganta. Luego de un momento de silencio, volvió a hablar—: ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro, dime.

—¿Recuerdas que anoche yo soñé contigo y tú soñaste conmigo?

—Por supuesto que sí —respondió ella.

Bartolo miró el suelo y luego volvió a levantar la vista.

—¿Habrá sido solamente por el enredo de los rayos?

—No lo sé, no estoy segura —dijo pensativa—. ¿Qué crees tú?

—Realmente no sé lo que creo, pero sí sé lo que quiero.

Sofía se acercó aún más a él.

—Yo quiero soñar contigo. ¿Tú quieres soñar conmigo?

A Bartolo se le iluminó la cara de alegría.

—¡Sí, sí quiero!

Ella se paró debajo de la puerta de su casa. Lo miró con cariño y le dijo sonriendo:

—Entonces tendremos que soñar para que todo sea verdad.

MAURICIO PAREDES

Nació en Santiago de Chile en 1972. Estudió en la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde se tituló de Ingeniero Civil Eléctrico. Ejerció su profesión hasta el año 2001, momento en que decidió seguir su vocación de escritor. Actualmente enseña Literatura Infantil en la Universidad Andrés Bello. En esta misma colección ha publicado *La cama mágica de Bartolo* (2002), *¡Ay, cuánto me quiero!* (2003), *El diente desobediente de Rocío* (2005), *Verónica la niña biónica* (2005), *La familia Guácatela* (2005).

www.habiaotravez.com

Índice

Bartolo de nuevo	7
Un enredo fenomenal	13
El misterioso libro volador	18
El tras-tornado	26
Si no lo leo, no lo creo	31
La nube estrepitosa	37
Los chascones celestes	43
La misión del cielo	48
Un esfuerzo astronómico	53
Perdida en la nieve	60
El computador cavernícola	63
Darle vuelta al problema	71
El ventilador polar	79
Cada cual aporta con su granito... ¿gigante?	86
Soñar para que todo sea verdad	92
Biografía del autor	97

